



## **CEREMONIA DE ENTREGA DE LOS PREMIOS DE LA AEHE**

**Residencia de Estudiantes (CSIC), Madrid**

**8 de septiembre de 2010**

### **Presentación de los libros galardonados con el II Premio Jaime Vicens Vives por Josep Fontana**

Me han encargado que haga una breve presentación de los dos libros que han ganado el último Premio Vicens Vives. Me agrada hacerlo, porque son dos libros excelentes y porque, además, son tan distintos que le obligan a uno a reflexionar sobre la naturaleza misma de nuestro trabajo.

El de Alfonso Herranz Loncán, Infraestructuras y crecimiento económico en España (1850-1935) me ha hecho pensar en cuán grande, y cuán rápido, ha sido el avance de la historia económica en este país. Permítanme comenzar con un recuerdo de hace cincuenta años. Cuando Vicens publicó, en el capítulo 45 de su Manual de historia económica, las cifras de la construcción de la red ferroviaria española de 1848 a 1901, le pregunté, sorprendido por lo que entonces era una novedad, dónde había encontrado aquellas cifras. Me contestó que había ido a una biblioteca ferroviaria a consultar materiales estadísticos, y añadió: “Es que no se ve lo mucho que hay en este libro”. Algo en apariencia tan elemental como la evolución de la longitud de la red, era una novedad hacia 1959. Si quieren ustedes darse cuenta de cómo se encontraba la historia económica hace cincuenta años, no tienen más que mirar los apartados bibliográficos al final del Manual de Vicens, y en especial los que se refieren al siglo XIX. No encontrarán nada sobre los ferrocarriles, porque la mayoría de lo que se había publicado con motivo del centenario del ferrocarril, en torno a 1948, era vergonzoso.

Las cosas comenzaron a cambiar en este terreno en 1973, con los libros de Tortella y de Aníbal Casares, y sobre todo en 1978, con los dos volúmenes dirigidos por Artola. Poco después llegó el influjo de la cliometría, con los trabajos de Gómez Mendoza, y en los años noventa se publicaron un buen número de monografías, que culminaron con las dos obras

colectivas de 1998 y 1999, ambas patrocinadas por la Fundación de los Ferrocarriles Españoles. La conmemoración del 150 aniversario del ferrocarril en España iba a ser muy distinta de la del centenario, como consecuencia de los avances que la historia económica española había hecho en cuarenta años.

El libro de Alfonso Herranz nos ofrece primero un estudio de la relación entre la inversión en infraestructuras y el crecimiento económico, y dedica la segunda parte al ferrocarril, lo que le lleva a retomar una serie de temas debatidos durante todos estos años, como el de su impacto, el ahorro social que produjo, y el de su éxito o fracaso. Herranz revisa a la baja las cifras de ahorro social estimadas por Gómez Mendoza; pero las suyas son lo suficientemente altas como para rechazar la conclusión de un fracaso. Personalmente he de reconocer que el libro me ha impresionado por la calidad de la investigación realizada, por la forma en que ha logrado sintetizarla, por la amplitud con que ha recogido y discute las ideas expuestas en la bibliografía anterior y por la prudencia con que expresa sus propias conclusiones. Pienso que es en estos momentos un libro de referencia imprescindible.

Me parece, sin embargo, que los temas del ahorro social y del “fracaso” –un término equívoco y difícil de acotar- no deberían seguir siendo objetivos centrales, sino que tal vez fuera mejor orientar la futura investigación cuantitativa sobre el ferrocarril en nuevas direcciones. Pienso, por ejemplo, en el estudio, a través de los intercambios de las mercancías transportadas, de la articulación real del mercado: de las modificaciones que esta articulación ha implicado en las estructuras productivas locales, y de los grandes cambios que a consecuencia de estas se han producido en los mapas de la economía española.

La orientación hacia unas elaboraciones cuantitativas más apegadas a la realidad parece recomendable en momentos en que el fracaso de los modelos econométricos predictivos está llevando a los economistas a muy serias reflexiones, que deberían conducirnos a evitar simplificaciones como las que he leído recientemente en un trabajo que se presenta con todo tipo de acreditaciones favorables, nacionales e internacionales, donde se sostiene que las sequías tienen un efecto positivo sobre la democracia, de modo que una que provoque efectos desfavorables sobre la economía del 1 por ciento aumenta en un 1’3 por ciento la probabilidad de que se produzca una transición democrática <sup>1</sup>.

Pienso que también nosotros debemos atender a los debates que plantean ideas como las de Tony Lawson, quien sostiene que “la naturaleza y las condiciones de la realidad social son tales que las formas de razonamiento matemático deductivo favorecidas por los economistas actuales resultan inadecuadas”, lo cual no es en este caso una crítica a la cuantificación, lo que

---

<sup>1</sup> Markus Brückner y Antonio Ciccone, Rain and the Democratic Window of Opportunity, BBVA Working Papers, 10/10.

no tendría sentido viniendo de un matemático, sino el punto de partida de una revisión crítica de nuestras formas de trabajo<sup>2</sup>.

Pero como adentrarme por este camino me llevaría lejos, y no es el papel que me corresponde, déjenme que regrese a mi carril. El otro libro que se me ha encomendado presentar es el de Javier Moreno Lázaro, Los hermanos de Rebeca. Motines y amotinados a mediados del siglo XIX en Castilla la Vieja y León. Es, que yo sepa, el más denso, extenso y serio estudio que se haya publicado sobre las conmociones rurales en la España del siglo XIX. Y permítanme que precise rápidamente la importancia que tiene algo que podríamos sentirnos tentados a minimizar al hablar de “conmociones rurales”.

Decir “rural” equivale, para la España de mediados del siglo XIX, a referirnos a la inmensa mayoría de los habitantes de este país. Y he usado deliberadamente el término “conmociones” con el objeto de recordar que tras muchos de los grandes acontecimientos históricos del siglo XIX (y de buena parte del XX, por lo menos hasta 1936) hay en este país una dimensión campesina que por lo general se interpreta equivocadamente.

Quiero decir que lo habitual es suponer que hay unas consecuencias sobre el ámbito rural de unos acontecimientos políticos que se han originado en las ciudades, casi siempre en la capital de la monarquía, cuando no es infrecuente que la dinámica de estos hechos sea independiente o incluso que la causalidad funcione al revés.

Javier Moreno identifica 425 motines que se desarrollaron entre 1854 y 1858. ¿Por qué no se suelen mencionar en nuestros libros de historia? Porque hay una tendencia general a eliminar lo que resulta incómodo o lo que no encaja en los patrones interpretativos vigentes. Y es que, para empezar, estos movimientos sociales daban miedo ya en su tiempo. Porque nuestra derecha, la de ayer como la de hoy, es propensa a todo tipo de pánicos irracionales. En diciembre de 1850 Donoso Cortés hizo en las cortes un discurso apocalíptico en que anunciaba que el socialismo y el comunismo estaban a punto de apoderarse de España. Martínez de la Rosa le tranquilizó diciendo que estas ideas no podían penetrar en España porque era “una nación eminentemente agricultora” y que la población rústica no sentía “estas necesidades ficticias que asaltan a los habitantes de las grandes ciudades”. Como muestra Javier Moreno, una de las “necesidades ficticias” que empujaron a estos hombres y mujeres a la revuelta era la de comer lo mínimo necesario para sobrevivir. A lo cual quisiera añadir, para desvanecer el tópico del carácter prepolítico de los motines, que, puesto que los protagonistas de esta historia no tenían derecho al voto, su única forma de participar en la política de su país y de su tiempo era precisamente la de amenazar con romper las reglas del juego con una revuelta.

---

<sup>2</sup> Tony Lawson, “The current economic crisis: its nature and the course of academic economics”, en Cambridge Economic Journal, 2009, 33, pp. 759-777.

Pero una vez he explicado que este es un libro sobre motines populares, déjenme que añada de inmediato que es mucho más que eso. Lo que resulta más innovador y más valioso en él es la riqueza de la contextualización de estos movimientos, que le lleva más allá de la habitual visión espasmódica de las revueltas de subsistencia, que se limita a situarlas junto a una gráfica de los precios del trigo, para mostrarnos, en contrapartida, toda la complejidad de las fuerzas profundas que actuaban en las sociedades de Castilla la Vieja y León a mediados del siglo XIX.

En el libro de Javier Moreno hay mucho de nuevo. Por ejemplo, la forma de aproximarse a la hacienda, no como a un sistema fijo y estable, sino como a un juego político continuado de cambios y retrocesos, en que cada nuevo ministro de Hacienda pretendía modificar las reglas, atento por lo general a satisfacer los intereses de su clientela política y sin demasiada preocupación por cómo podían incidir las disposiciones que adoptaba en la vida del común de las gentes.

Pienso que he consumido ya los diez minutos que se me concedieron, pero desearía acabar expresando la esperanza de que la presentación conjunta de dos trabajos como estos signifique que vamos hacia un futuro en que nuestra disciplina sabrá combinar el rigor en el empleo del instrumental cuantitativo, asentado en una sólida reflexión teórica, con el contraste y la verificación de los resultados alcanzados a través de una investigación en profundidad de la realidad social.

Josep Fontana  
Septiembre de 2010